

# Prosas / Museo El Prado

Wilson Pérez



© Museo Nacional del Prado. Francisco de Goya, *La maja desnuda*, entre 1795 y 1800, óleo sobre lienzo, 97,3 x 190,6 cm.

20

1

Si sueño la fiebre que me desvela esta noche. Si presiono la firmeza de la piedra entre mis manos. Si me abandono a sus brazos. Si pruebo sobre mis pechos un vestido de seda. Si atesoró bajo mis párpados dos caracoles. Si no he visto el mar. Si mi último diálogo fue en una lengua desconocida. Si la humedad de mis labios ignora la sed. Si el mundo fuera un poco más sencillo. Si le interesa a usted que sea la duquesa de Alba o Pepita Tudó. Si arden en mí todas las hogueras. Si se arremolina el tiempo en torno a mi angustia. Si el secreto que ignoro no me es revelado. Si me recuesto

sobre la cama bulliciosa. Si retiro mis prendas. Si callo. Si dialogo con la tarde que recuerda la postrera voz de los pájaros. Si soy el peso de una llama. Si todo lo bello está solo. Si el hilo de los días no me salva. Si estoy condenada a la mudez. Si solo aman mis pechos madurados sobre la tela del óleo. Si solo soy un poco de música. Si la codicia y el odio me guardan en un armario. Si por última vez no soy prodigio sino arrebató. -Pienso, si lo que queda de mí no es más que este lecho vacío-. Si le abandono. Si la lisura de este cuerpo es solo una ciudad destinada a la ruina. Si se estropean los colores. Si su afán claudica. -Pienso, ¿me pintará con la misma obstinación de siempre?



© Museo Nacional del Prado. Miguel Carbonell Selva, *Safo*, 1881, óleo sobre lienzo, 250 x 170 cm.

## 2

La llamaban Safo de Mitilene. Era una mujer de cuerpo menudo que vivía en la isla griega de Lesbos. Vestía la noche de lentejuelas luminosas. Se paseaba entre las ágoras y los jardines. Procuraba la visita al mar. Los templos antiguos dedicados a Afrodita le fueron gratos. Era una criatura enmantada de soledad y modestia. Las palabras escritas y memorizadas le ungían el beso con el que adoraba, secretamente, la belleza de las almas femeninas.

Safo de Mitilene mira sus senos delgados en el espejo. Siente que una sombra se cierne sobre su cuerpo. Lo adora en su fragilidad. Lo ama. Ama el labio tembloroso donde comulgan los

sexos y la música. Tan solo el placer es pasajero. Ama la cítara en la que compone algunos poemas. Olvida las agitaciones de la carne, el pulso de otro cuerpo, la voz en la que canta el aire.

Se escucha el llanto resbalando sobre las piedras del templo. Han visto a una mujer sollozar entre los corredores. En lengua griega dice: “No sé lo que persigo: mi mente está partida en dos”. Los extranjeros ven a una mujer llamada Safo de Mitilene corriendo hacia los altos acantilados. Arroja objetos preciados a la bravura de las olas. Comprende que no amó más que a un perfil donde se dibujaba la muerte. No hay eternidad en el amor. Confiesa, entre balbuceos, creyéndose derrotada: “No creo poder tocar el cielo con las manos”.





## 3

No sabían que se amaban. Tendidos sobre la tierra virgen, desnudos, no sabían que se amaban. No era necesario saberlo. Ignoraban los celajes del mundo, los placeres, la turbiedad de la sangre, el ardor en la herida. Buscaban entre las palabras novísimas la fuente que manaba agua del estanque, el gato mordiendo el hueso del ratón, los venados, los elefantes, el ave lira, los jóvenes jabatos, la garza, la salamandra, el croar primitivo de la rana. Buscaban entre las criaturas el reflejo de ese rostro pálido y agraciado que tenían. Les asombraba la genialidad del Padre. El mundo aprendía a escuchar sus propios murmullos. La lengua imitaba el canto y el grito. La mano se curvaba ante la madurez del fruto. Los ojos escrutaban ese misterio de estar en la tierra. No estaban solos: la primera noche, el primer fuego, la primera muerte los acechaban a cada instante. No lo sabían. La inocencia de los primeros llegados que se rinden ante el desvelo y el milagro, sin aún suspenderse ante el breve peso de lo que termina por apagarse. No lo sabían.

## 4

Ha vuelto a caer la nieve sobre Hodogaya. Gentes se arropan con vestidos ligeros antes de cruzar el puente Katabira. La barca, la rama y los juncos de la orilla permanecen quietos. En el agua que fluye se escucha la voz de Issa Kobayashi: “Todo está bien en el mundo”.



© Museo Nacional del Prado. Utagawa Hiroshige, *El río y el puente Katabira en Hodogaya*, 1847-1852, entalladura sobre papel japonés, 265 x 375 mm.

**Wilson Pérez** es poeta y ensayista. Se graduó como Licenciado en Literatura y Humanidades en la Universidad de Antioquia.